



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

DEL FRANCOFALANGISMO

Ejemplos de "grandeza"

EN el régimen francofalangista, los negocios de los bien avenidos con él están tan ligados al mantenimiento de la miseria en el pueblo, que el aumento, por producción o por importación, de algún artículo de consumo, determina un desequilibrio en su mal llamada economía, que no es sino la expresión de su peor apellidada política.

Un ejemplo de ello es lo ocurrido con el azúcar. De entre todos los europeos, el español es quizás el que menos consumo hace de ese artículo. Se pensó en aumentar la producción, se ampliaron las siembras de remolacha, y la cantidad de azúcar obtenida en la campaña 1952-53 fue de 548.000 toneladas. Hubo que exportar por lo pronto 150.000, perdiendo cinco pesetas en kilo, ya que la producción española no puede competir con los precios extranjeros. Deliberadamente, se ha reducido la producción en los años siguientes, habiendo sido de 311.000 toneladas en la campaña 1953-54 y no llegando a 300.000 en ésta de 1954-55.

El consumo de azúcar en España, apenas es mayor de 250.000 toneladas por año. No llegaría a diez kilos por habitante ni aun en el caso de que todo ese consumo se hiciera en el país; pero una buena parte se gasta en productos como torrones, mazapanes y confituras de frutas, cuya exportación es necesaria para obtener divisas. Quedan, pues, bastante menos de diez kilos para cada español, mientras ocurre que, por ejemplo, cada francés consume veintiséis kilos. Otros tantos consumiría el español si pudiera comprarlos; pero para ello y para otras necesidades análogas habría que aumentar los salarios, lo cual sería desarticular la nefasta economía francofalangista.

Otro ejemplo es lo que ocurre con el carbón. Es evidente que en España falta energía eléctrica no sólo para fuerza motriz, sino aun para el alumbrado; es bien sabido que la producción de gas es muy pequeña; a la vista está que se carece del cemento para las obras necesarias y singularmente para acometer con eficacia el problema de la vivienda. Para todo ello haría falta carbón en cantidad superior a la que se produce en España. Pero, al tratar de importarlo, salen los empresarios del Sindicato Nacional del Combustible, conducidos por su representante en las Cortes del Caudillo, y claman contra la realización de esas importaciones, considerando que en España se produce carbón suficiente. Hay que tener en cuenta que la producción española, en 1953, apenas ha llegado a 14.000.060 de toneladas, mientras que en Inglaterra se producían 230.000.000, en Francia 55.000.000 y en Bélgica —con superficie menor que la de Cataluña— se producían 30.000.000 de toneladas, o sea más del doble que en España. Pero, a pesar de todo, en España el aumento en el carbón podría alterar los precios y romper ese estancado y maloliente equilibrio que permite una espléndida existencia a esos señores grandes de industria pequeña.

Más curioso aun es lo que acaba de ocurrir con los donativos norteamericanos de productos lácteos, enviados para ser distribuidos en las cantinas escolares y entre la población necesitada de ellos. Bien sabido es que, en España, el consumo de estos productos es muy pequeño y que, en algunas comarcas y en ciertas clases sociales es prácticamente nulo. Pues bien, apenas comenzada la distribución de estos envíos y, sobre todo de leche en polvo, el Sindicato Nacional de Ganadería —oficial, como el del Combustible y como todos— ha protestado con una campaña que está en plena actividad, con comunicados diarios en la prensa, en los cuales defiende sus intereses, que considera perjudicados por esos donativos que tienen una influencia dañosa en la venta de sus propios productos.

La reclamación de esos productores de leche ha sido examinada en el Consejo de ministros presidido por el Caudillo el pasado día 14. En la nota oficiosa de esa reunión se dice así: «El Consejo adoptó el acuerdo de poner en ejecución las medidas procedentes para coordinar los legítimos intereses de los ganaderos e industriales españoles con la conveniencia de que aquellos productos continúen llegando a las clases sociales más necesitadas, mediante un ordenado plan de distribución y a través de las instituciones asistenciales.»

Véase cómo bajo el heroico y engrandecedor dominio del Caudillo, en España, en la empobrecida España en donde tanta miseria se padece, en donde tan desatendidos están los niños y tan faltos de cuidados los tuberculosos, la distribución de un donativo de leche ha de ser coordinada con «legítimos intereses».

Lo peor es que quizás no les falta en todo la razón a los que protestan. Mas para que esa razón tuviera todo su peso, habría de estar presentada no por los interesados en el negocio de la leche sino por ciudadanos con valor de tales y movidos por un sentimiento moral. Porque lo que, para cubrir su protesta, dicen esos señores en sus comunicados y lo que ha manifestado el secretario de su Sindicato en una entrevista radiada, es que la distribución de esos donativos no se hace entre quienes más los necesitan. Denuncian, pues, a unos malhechores del bien; de ese bien que ahora hacen o quieren hacer los donantes norteamericanos.

Es un ejemplo más de la «grandeza» que en España ha hecho el Caudillo.

El escándalo DEGRELLE

Como era de esperar, el caso del criminal de guerra número uno de Bélgica, León Degrelle, amparado y guardado en España por el franquismo en las circunstancias muy cumplidamente referidas por nuestro compañero Rodolfo Llopis en uno de los últimos números de EL SOCIALISTA, ha dado origen a gran cantidad de indignadísimas protestas de los más diversos sectores de la opinión belga contra la evidente mala fe con que procede el régimen del Caudillo.

El asunto tiene tanta importancia para el pueblo y para el Gobierno de Bélgica que se ha creado una gran tensión diplomática entre Bruselas y Madrid. El ministro de Relaciones Exteriores belga, Paul-Henri Spaak, llamó a Bruselas en consulta al embajador de este país en Madrid, príncipe Eugène de Ligne. Desplazóse éste rápidamente, en avión, y, tras larga conversación mantenida

con el ministro en la mañana del jueves 6, dispuso Spaak que el embajador no volviese por ahora a Madrid, estimándose que tal actitud durará hasta que se reciba del Gobierno de Franco una respuesta satisfactoria a la reclamación formulada por el Gobierno belga. Se recordará que el príncipe de Ligne había visitado el 27 de diciembre al ministro de Asuntos Exteriores de Franco, señor Martín Artajo, al cual expuso la emoción del Gobierno belga ante la presencia ostensible en Madrid de León Degrelle y le recordó la promesa hecha en 1947 por el Gobierno de Madrid al de Bruselas: «Si Degrelle vuelve a España, o lo entregaremos a los belgas.» El príncipe de Ligne pidió al Gobierno de Franco el cumplimiento de su promesa. Martín Artajo respondió que no estaba al corriente de la presencia de Degrelle en España, pero que iba a abrir una información y que con-

Organizada por el Centro Republicano Español de Méjico, con el concurso de las Agrupaciones de Izquierda Republicana, del Partido Socialista, de la Confederación Nacional del Trabajo, de la Unión General de Trabajadores, de la Agrupación Madrileña Los 4 Gatos, del Ateneo Español y de la mayor parte de las Casas regionales españolas, se celebró el 8 de enero una cena de homenaje al distinguido periodista mejicano don Francisco Martínez de la Vega, como expresión de gratitud por la campaña realizada desde las columnas de la revista «Siempre» en defensa de la República española, combatiendo en forma brillante los esfuerzos de los sectores interesados en el establecimiento de relaciones diplomáticas de Méjico con el Gobierno franquista.

Esta cena es la primera de una serie de homenajes en honor de destacados mejicanos que se han distinguido por su solidaridad con la causa republicana española. En estos actos irán intervinendo personalidades de todos los partidos democráticos españoles en un amplio clima de cordialidad que contribuya a un mayor acercamiento entre los distintos sectores de la emigración republicana.

El acto constituyó un gran acontecimiento, no sólo por la concurrencia, que superó a todos los cálculos, sino por el entusiasmo reinante. Insuficiente el salón principal del Centro Republicano para acomodar a todos los comensales, que sumaban varios centenares, hubo que habilitar otras dos salas vecinas. No obstante, fueron muchos los exilados que no lograron cubrirlo. Jesús Bernárdez, de Izquierda Republicana, leyó las adhesiones; el doctor José Torre Blanco, socialista, presidente del Centro, pronunció un elocuente discurso; dió lectura a unas cuartillas el periodista español Rafael Sánchez Ocaña, que vive en Méjico desde antes de proclamarse la República española, y seguidamente Indalecio Prieto hizo una importante intervención glosando lo di-

Un gran acto en la capital azteca

Discurso de Indalecio Prieto

cho por Torre Blanco, contestándole con breves y emocionadas palabras don Francisco Martínez de la Vega. Imposibilitados de publicar las cuatro oraciones, damos a continuación la versión taquigráfica del discurso de Prieto.

Han sido tan mesuradas y atinadísimas las palabras de nuestro presidente, José Torre Blanco, que marcarán la pauta de las mías. Es más, las que yo pueda pronunciar serán simple glosa de las suyas.

Esto no es un festín; no es un festín por no ser expresión

como todos los grandes sentimientos —y la gratitud lo es, además de constituir una extraordinaria finura espiritual—, no necesita de muchas palabras para expresarse. Gana más con la sobriedad. Por lo tanto, aquellas que yo dedique a agradecer la actitud digna y amistosa hacia nosotros de Francisco Martínez de la Vega han de ser muy pocas, porque si las extendiera perderían fuerza, perderían robustez, perderían energía, se diluirían debilitándose. Sólo los decimos: Martínez de la

blica, que dice: «Los esclavos extranjeros que entren en territorio nacional alcanzarán, por este solo hecho, su libertad y la protección de las leyes.» Estamos, pues, en el goce de nuestra libertad en todos los órdenes lícitos. Pero la libertad lleva consigo deberes, aquellos deberes de tipo moral que debe trazarse espontáneamente el hombre que la disfruta. En consecuencia, no nos sentimos con derecho a censurar la actitud de elementos mejicanos que aboguen por el establecimiento de rela-

Gobierno mejicano desde que hace quince años, cerca de dieciséis, arribamos a estas playas, nos correspondería respetar, aunque fuese con dolor, una decisión cual la ansiada por nuestros contradictores de la colonia española. Sólo, en todo caso, tendríamos un derecho que, paradójicamente voy a llamar alegre: el derecho a que paldemos de tierra mejicana, que mi viejo amigo Rafael Sánchez Ocaña presume próximas a caer sobre su cuerpo, caigan también sobre los nuestros. Muchos, empezando por nuestro presidente Torre Blanco, tenemos ya sepultados aquí seres de nuestras familias; pero no voy a evocarlos como representación cualitativa de la emigración republicana española en Méjico. ¡Ah!, pero los hay, y muy relevantes, constituyendo una especie de ancla ósea en esta tierra de Méjico: hombres ilustres como el naturalista Ignacio Bolívar, físico Blas Cabrera, el historiador Rafael Altamira, los médicos Rafael Fraile y Alejandro Otero, los escritores Gonzalo de Reparaz, Antonio Zozaya, Roberto Castroviejo, «Fabian Vidal» y Alvaro de Albornoz, este último con la tierra sepulcral todavía muy fresca. ¡Esos sí, esos sí!

son una representación cualitativa de España que no podrán ofrecer, ni en masa, todos nuestros antagonistas españoles residentes en Méjico (Grandes aplausos.)

«Y cuál es el significado de que hombres de tan extraordinaria calidad, cuya reputación saltaba por encima de las fronteras de nuestro país para extenderse al mundo entero, hayan preferido morir en el destierro? ¿Cómo imputar a esos varones ilustres una solidaridad con las monstruosidades que se atribuyen a los refugiados españoles? Si fuera exacto el punto de vista que toman nuestros contradictores —me refiero a los de la zona española—, ¿podrían haber preferido el destierro personalidades tan ilustres y haber preferido igualmente que cubra sus cuerpos esta tierra mejicana en vez de la española? Lo prefirieron porque estimaban indigno vivir y morir en España bajo el despotismo de Franco: La patria —y yo soy un sentimental respecto de ella— no la constituyen nuestro cielo, nuestros ríos, nuestros montes, ni nuestros valles. La patria sin libertad no es patria. Y por lo tanto, nosotros, que hemos encontrado aquí la libertad, somos mejicanos de corazón, sin abandonar nunca, y menos repudiándolos, nuestros títulos de españoles, que con nuestros cuerpos irán, a la

(Pasa a la segunda pág.)



Mesa presidencial del banquete en la que figuran los representantes de todas las organizaciones patrocinadoras del acto

de regocijo ni suculentos los manjares. Es modesta —cena familiar para reunir en torno de Francisco Martínez de la Vega, en una u otra proporción, a los representantes de todas las agrupaciones que constituyen la masa de refugiados republicanos españoles en Méjico. Y nos hemos reunido aquí con él para manifestarle nuestra gratitud. La gratitud,

Vega, muchas gracias. Y con esta queda dicho todo. Pero, ¿cómo no seguir el pensamiento, con el cual ha encuadrado el mío, de Pepe Torre Blanco? Efectivamente, nosotros, como refugiados españoles, estamos en la plenitud de todos nuestros derechos porque nos sentimos amparados por el artículo segundo de la Constitución de esta Repu-

ciones diplomáticas de esta República con el general Franco. Pero esa limitación que, espontáneamente nos trazamos, no nos libera del deber de criticar a elementos españoles que, en pugna con nuestra actitud, trabajan solapadamente por el establecimiento de dichas relaciones. A nosotros, respetuosos con todo lo que haya decidido el

Fraternidad orgánica

Monárquicos, militares y falangistas

Por Rodolfo Llopis

Las elecciones municipales del pasado mes de noviembre, pueden crear al régimen francofalangista una situación difícil. Por las consecuencias que ya han tenido y por las que pueden producirse todavía. Así se expresa nuestro corresponsal, siempre optimista, en reciente carta que desde Madrid nos envía.

Según ese corresponsal, Franco pensó utilizar las elecciones municipales para convertir las administrativas en plebiscitarias. Serían un plebiscito para su persona y para su régimen. Se ve que el recuerdo de las elecciones del 12 de abril de 1931 atormenta al Caudillo.

Quería Franco en todo caso que esas elecciones mostrasen a los numerosos observadores que hay en España, singularmente a los norteamericanos, que el régimen está cada día más arraigado en el país y que cada día es más popular. Sobre todo en Madrid, que es el barómetro de España. Quería, además, que las elecciones fuesen una réplica definitiva a la penosa impresión que se ha llevado Mr. Stassen, director de la ayuda americana al extranjero, en su reciente viaje a Madrid. En Madrid se dice que Mr. Stassen, tras una conferencia de más de tres horas con Arburúa, ministro de Comercio, en la que examinaron la situación económica y financiera de España, llegó a conclusiones pesimistas. Hasta tal punto, que parece ser

testaría por escrito al Gobierno belga.

Periódicos de Bélgica han publicado referencias precisas de actividades comerciales de importación-exportación de Degrelle en España, quien venía utilizando el apellido Sánchez, según unos, y Sanchis, según otros, y han dado las señas de su oficina de Madrid, referencia sobre estancias en una villa próxima a Sevilla, y otros curiosos detalles.

terminó declarando que ni con la ayuda americana tenía arreglo situación tan desdichada.

CON estos antecedentes, no es de extrañar que los preparativos y la organización de esas elecciones municipales no se hayan llevado exclusivamente desde Gobernación sino más bien desde El Pardo. Las instrucciones del Caudillo fueron terminantes: nadie podría ser candidato en esas

elecciones sin el beneplácito personal del Caudillo; a pesar de proclamar a los cuatro vientos, para efectos de propaganda, que las elecciones eran libres y que todo elector podía ser candidato, no se permitía más que una sola candidatura, ésta es, la falangista; y que, votasen los que votasen, en las urnas tenía que aparecer, y sobre todo en las actas de escrutinio, que la votación había alcanzado por lo menos el noventa por ciento del censo electoral. Franco no

quería desmerecer ante los ojos de Malenkov o de cualquiera otro de sus satrapas. Las instrucciones del Caudillo pudieron aplicarse fácilmente en provincias. En provincias, mas no en Madrid. En Madrid surgieron, frente a la candidatura falangista, otras dos: la llamada independiente, que representaba los intereses de la industria y del comercio madrileños, y la de los monárquicos.

Al enterarse Franco de la existencia de una candidatura monárquica, se disgustó. Se disgustó y se alarmó, pues estaba seguro de que los nombres que la integraban —Joaquín Calvo Sotelo, Ignacio Luca de Tena, Manuel Fanjul y Satrustegui— podían polarizar todos los votos de los conservadores, de los católicos y de los no falangistas madrileños. Y porque lo pensaba y lo temía, confió al conde de Mayalde, alcalde de Madrid, el encargo de conseguir, costase lo que costase, que se retiraran los candidatos monárquicos.

El calde de Madrid llamó a Joaquín Calvo Sotelo para pedirle que se retirara la candidatura monárquica. Calvo Sotelo, no accedió. El conde de Mayalde insistió, apelando, unas veces, a las promesas más halagüeñas, y otras, a las amenazas más duras. Ni las promesas ni las amenazas, hicieron mella. La candidatura fué mantenida.

A partir de ese momento, la Falange y las autoridades franquistas iniciaron la campaña contra los monárquicos. Se les prohibió los medios propagandísticos, al mismo tiempo que los falangistas los acaparaban todos. Luca de Tena, propietario de «ABC», no pudo utilizar su propio periódico para una campaña de propaganda en favor de la candidatura de la cual formaba parte. Conseguió, sin embargo, disponer unos minutos de la radio. Mas, inmediatamente

TRIQUETRIQUE.

(Pasa a la segunda pág.)

Comentario

Problema resuelto

ES admirable, verdaderamente admirable, la capacidad del Caudillo para resolver las cuestiones más problemáticas. Con serenidad de gran capitán, las ve agrandarse, las mira avanzar amenazadoras y, cuando llega el momento dramático, las coge como por los cuernos, las desbrava y las domina como a corderillos mameantes.

Así le ocurre con el problema de la vivienda, angustioso en verdad y complicado por la carencia de lo que Su Excelencia destruyó gloriosamente, eso sí, para lograr este «engrandecimiento» que España disfruta. Cada día que pasa se hace mayor el número de las viviendas que faltan para poder albergar a los españoles. Lo que se edifica y se inaugura con altisonante brillantez, no alcanza a disminuir ese déficit, ni siquiera a estabilizarlo. Y menos mal que con el mantenimiento y conservación forzosa de las casas malsanas se ha hecho una especie de declaración de utilidad pública de la insalubridad.

En medio de la general inquietud, el Caudillo permanece sereno. Si aparece un nuevo aduar de chozas o si un grupo de los sin-lugar excavó en las terreras una colonia de cavernas, él da orden de levantar una valla para que tales cosas no se vean desde la carretera, sobre todo si por ella ha de pasar su fraternal y amigable presidente Trujillo. Su Excelencia, como hombre auténticamente providencial, sabe que, llegado su momento, ni un minuto antes ni una hora después, la solución se le vendrá a la mano como se le vino aquella espada salvadora.

Pero, mientras, los gentes murmuran. Unos se fijan en que los demás países van resolviendo ya a pasos agigantados ese problema de la falta de viviendas. Otros, se entretienen haciendo cálculos sobre cuántas viviendas hubieran podido construirse con lo que ha costado reedificar, por ejemplo, el barrio madrileño de Argüelles, la Ciudad Universitaria, Belchite, Guernica, y tantos otros centros urbanos gloriosamente destruidos por la «Cruzada». No faltan quienes censuran al régimen por haber levantado edificios suntuosos y desmesurados, como esa llamada Universidad Laboral de Gijón, que ahora se entrega a los jesuitas porque el Estado no es capaz de explotarla. Esos murmuradores no saben que lo superfluo es cosa muy necesaria en los regímenes providenciales.

Hasta eminentes colaboradores y promotores del asunto no se resuelve con crédito presupuestario, sino con materiales de construcción, pero no hay divisas para adquirirlos ni medios para elaborarlos. Se carece de energía eléctrica y de combustibles. Sin éstos no hay cemento. Cierto es que hay algún cemento, pero su mayor parte hay que emplearlo en aquellas necesarias superfluidades y, sobre todo, en las bases militares norteamericanas. Y a través de tales razonamientos, esos desalentados llegan a la terrible consecuencia de que, dentro de las posibilidades del régimen, el problema no tiene solución.

—¿Que no la tiene? Ahora vamos a verlo.

Así dice una voz salida no sólo del seno de la Iglesia sino también del no menos providencial cogollo de la propia Falange. Es la voz de don Leopoldo Eijo y Garay, Patriarca-Obispo de Madrid, pero, además y sobre todo, miembro del Consejo Superior de la Falange. Este reverendísimo señor, dejándose atrás los fracasos del Instituto Nacional de la Vivienda y de la Obra Sindical del Hogar, y también la avaricia de esos capitalistas beneficiarios del glorioso Movimiento, se lanza a resolver el problema, y lo acomete de frente y derechamente, instituyendo el «Día de la Plegaria por la Vivienda».

Ya está allí la solución; y es de ver cómo expresa su satisfacción el diario falangista «Arriba» en su editorial del pasado día 7: «Son de tal importancia las palabras de nuestro amadísimo padre...» Y ese diario oficioso alaba el seguro valor constructivo de la plegaria del obispo de la Falange, de esta gran palanca que los mortales tenemos para mover el corazón del Todopoderoso».

Véase cómo resuelve sus asuntos un verdadero Estado. Teniendo un perfecto Concordato y un episcopado adicto y satisfecho, se tiene todo lo demás; se resuelven todos los problemas, y no sólo —como algunos creen— los de carácter espiritual, sino también los de naturaleza técnica y económica. Con razón ha dicho el Caudillo más de una vez que su régimen lleva veinte años de adelanto sobre esos otros países que se creen avanzados y que al fin vendrán a dar en las doctrinas y sistemas instaurados por él. Pero, entretanto, los insensatos Gobiernos de esos países no aprenden nada de los años que pasan, y permanecen afectos a sus ruinas. Si esos Gobiernos no tuviesen vuelta la espalda al providencialismo francofalangista, sacarían muy buenas enseñanzas de esta ocasión en que Su Excelencia domina uno de los problemas más arduos de la época: el problema de la vivienda. Mientras el régimen del Caudillo, con sencilla firmeza, lo resuelve con la plegaria, ellos están empeñados en resolverlo con hormigón armado!

Pereles GARCIA



# Interesante conferencia de Trifón Gómez

(Viene de la cuarta pág.)  
gan. No hay cosa mejor para justificar nuestra indignancia mental, nuestro desconocimiento de lo que son las organizaciones sindicales. ¿Es que nosotros hemos planteado de una manera seria si nuestra UGT va a regresar a España como ella es? Pocas transformaciones podrán hacerse en el exilio hasta el momento en que tengamos la oportunidad de regresar a nuestro país. Nos hemos planteado la cuestión de saber si la UGT está orientada y si está organizada en condiciones adecuadas para la consecución de los grandes objetivos. No hablo de finalidades, porque eso también es un término muy accedido: la revolución social; pero eso va a tardar bastante más que lo de echar a Franco; y tenemos, sin embargo, que trabajar para mejorar la situación de nuestros camaradas, para ir enriqueciendo cada día más el patrimonio de nuestra UGT.

## Los principios de nuestra organización

¿Cómo está catalogado el movimiento obrero internacional en esta época? ¿Dónde podemos situar a nuestra UGT, entre los tres bloques, más o menos fuertes, en que están encuadrados los efectivos de las organizaciones sindicales existentes en el mundo? La Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres? La Federación Sindical Mundial? La Confederación de Sindicatos Cristianos? Yo no encuentro dónde situar con holgura a nuestra UGT. Esto tiene que hacernos pensar, queridos amigos. Porque si nos empeñamos en que nosotros solos tenemos razón, vamos a tener que hacer una Internacional para nosotros. Y si nos ponemos de acuerdo con la Confederación Nacional del Trabajo, para los dos, lo que dudo.

Quiera esto decir que tendremos que examinar nuestra orientación sindical, la estructura de nuestra UGT. Cuidado, que yo no me refiero a ligeros, y yo hago lo que algunos hombres que hablan de revisión de situación y de política cuando no tienen nada que revisar. Yo no hablo de revisar los principios de la UGT; hablo de pensar en ello, de ver si necesitan un retoque. Para mí, la declaración de principios de la UGT es admirable; pero no olvido que fue hecha en unos momentos en que nuestros hombres más caracterizados, se vieron un poco rebasados, cuando no avasallados, por una corriente de opinión que venía de Moscú. No olvido que esa declaración de principios está hecha en el año 1918, y hay que conocer la confusión que existía entre el hecho de la revolución rusa, a la que todo el mundo se sumaba con verdaderas ilusiones, y la política internacional impuesta por los rusos. Yo sé quién redactó esa declaración de principios; sé cómo se discutió la declaración de principios en la ponencia, antes de ir al Congreso. Y conozco los argumentos que unos y otros empleaban. Como digo, no os vayáis nunca de ligeros. Si llegase el momento de examinar la declaración de principios de la UGT y necesita algunos retoques, será para encajarla en la corriente universal que hay constituida; pero sin perder la esencia de la declaración de nuestra UGT. En materia de estructura, estamos mal. En una cosa es donde hemos fallado: en el pago de cotizaciones. Esto es serio, compañeros.

La UGT tenía una capacidad de organización, tenía una capacidad política, tenía una capacidad funcional mucho más desarrollada que la capacidad económica. Y cuando la capacidad económica de una organización no está bien desarrollada, se aflojan mucho los resortes donde se asientan las demás condiciones que la organización debe y puede tener.

Algunas veces, queriendo salir al paso de los que exageran su combatividad contra las organizaciones internacionales, sea la sindicalista, sea la socialista, diciendo que no han prestado la solidaridad que debían, yo no tengo ningún inconveniente en suscribir ese parecer. Ahora, yo lo digo en lugares y en momentos donde al escucharlo y al escucharme las demás organizaciones sindicales no pueden considerar que yo las difamo, que yo manifiesto eso con objeto de debilitarlas, sino con objeto de corregir los defectos que noto. Pero, al mismo tiempo, vuelvo mi pensamiento a aquellas épocas de bonanza de la UGT, y me pregunto: ¿Es justo censurar con tanta acritud a estos compañeros por la poca solidaridad que nos prestan? Pienso que siendo la UGT una organización sindical verdadera, con una declaración de principios verdaderamente revolucionaria, con influencia en la vida de nuestro país, ¿qué ha hecho la UGT por los demás en aquella época de bonanza para ella y de desgracia para algunos otros? No hemos podido, compañeros, ni siquiera hacer lo que hacen ellos ahora con nosotros: mandarnos algunas cantidades de relativa importancia. Nosotros no hemos hecho siquiera eso. Yo llego a esta conclusión: no debemos cometer los desmanes en la tribuna o en la prensa contra los compañeros que dirigen actualmente el movimiento internacional. ¿Por qué nosotros faltamos a nuestros deberes de solidaridad? Principalmente, no porque no lo sentíamos, sino porque no disponíamos nunca de una cantidad que pudiera dedicarse a estos menesteres. Pero la realidad es que nosotros no hemos practicado la solidaridad como correspondía a una organización de la importancia de la UGT. Y eso vale para este momento. Para este momento en que las Comisiones Ejecutivas, tanto del Partido como de la UGT, no quieren aceptar la responsabilidad de continuar sin decir a los afiliados: Nuestras organizaciones corren peligro; las cotizaciones que se pagan no bastan para atender las necesidades ordinarias de nuestras organizaciones; hay que pagar algo más de cotización.

Desde antes de venir al exilio, esto de pagar poco y de pagar bien, no diré que sea un patrimonio del español; pero desde que nos fuimos a América Latina, es entre los españoles. Siempre tenemos algún pretexto: pretexto de que se han ganado siempre salarios muy bajos en España. Y el razonamiento no se tiene de pie. Cuando a mí me han dicho: ¿Cómo quiere usted que se paguen cuotas elevadas en las organizaciones españolas con salarios tan exiguos como los que percibimos?, mi contestación, que sale de mi conocimiento profundo, ha sido que en tanto no paguemos cotizaciones elevadas, seguiremos recibiendo salarios míseros. Por la sencilla razón de que los patronos de España no son mejores que los de los otros países; porque si hay una diferencia no será a favor de los nuestros. Pero vamos a suponer que no existe esa diferencia; que la clase patronal, por una razón de principio en todas las latitudes, se niega a pagar bien a los trabajadores. ¿Cómo vencer esa resistencia? ¿Cómo lograr salarios más elevados? ¿Cómo conseguir mantener el poder adquisitivo del salario? ¿Con una organización sin fuerza al carecer de recursos económicos?

No, eso no puede ser. Aquí, en el exilio, al pedir un aumento de cotización que pueda fijarse en el 20 o en el 25 por ciento, ¿qué se puede objetar en contra? Naturalmente, puede haber casos justificados en que los afiliados no puedan pagar el aumento de cuota, ni siquiera la cuota existente, porque no trabajan, porque están enfermos. Pero todos esos casos están previstos en nuestros estatutos y se tienen en cuenta cuando los compañeros advierten la situación desdichada en que se hallan. Pero para los demás, excepción hecha de esos casos, a quien diga que no puede pagar un 20 por 100 de aumento le diré que entre muchos gastos secundarios y otros muchos superfluos, bien se puede encontrar el modo de atender a esta necesidad de la UGT, que también cuenta entre las necesidades principales para la vida que queremos vivir.

Por consiguiente, una de las cuestiones que habrá que examinar será la cuestión económica. Cuestión económica que no solamente se refiere al aumento de cotización, sino a la forma de cobro de la cotización de los afiliados. Nosotros, en la UGT, hemos sido siempre opuestos a que las cotizaciones se paguen a nuestros Sindicatos y a nuestras Federaciones mediante descuentos en nómina por las empresas o por los patronos, a que éstos se inmiscuyeran en la cobranza de las cotizaciones. Pero, al llegar a este punto, digo lo mismo que con la declaración de principios; yo no me atrevo a decir desde ahora que defenderé ese punto de vista cuando volvamos a España; pero lo pensaré mucho antes de desecharlo, siempre que nosotros obliguemos, mediante un contrato colectivo, a la clase patronal, a que eso se haga.

## La cuestión de la unidad

Tenemos que abordar el problema de la unidad; problema de la unidad en España, problema de la unidad con carácter general.

ra con nosotros: mandarnos algunas cantidades de relativa importancia. Nosotros no hemos hecho siquiera eso. Yo llego a esta conclusión: no debemos cometer los desmanes en la tribuna o en la prensa contra los compañeros que dirigen actualmente el movimiento internacional. ¿Por qué nosotros faltamos a nuestros deberes de solidaridad? Principalmente, no porque no lo sentíamos, sino porque no disponíamos nunca de una cantidad que pudiera dedicarse a estos menesteres. Pero la realidad es que nosotros no hemos practicado la solidaridad como correspondía a una organización de la importancia de la UGT. Y eso vale para este momento. Para este momento en que las Comisiones Ejecutivas, tanto del Partido como de la UGT, no quieren aceptar la responsabilidad de continuar sin decir a los afiliados: Nuestras organizaciones corren peligro; las cotizaciones que se pagan no bastan para atender las necesidades ordinarias de nuestras organizaciones; hay que pagar algo más de cotización.

Desde antes de venir al exilio, esto de pagar poco y de pagar bien, no diré que sea un patrimonio del español; pero desde que nos fuimos a América Latina, es entre los españoles. Siempre tenemos algún pretexto: pretexto de que se han ganado siempre salarios muy bajos en España. Y el razonamiento no se tiene de pie. Cuando a mí me han dicho: ¿Cómo quiere usted que se paguen cuotas elevadas en las organizaciones españolas con salarios tan exiguos como los que percibimos?, mi contestación, que sale de mi conocimiento profundo, ha sido que en tanto no paguemos cotizaciones elevadas, seguiremos recibiendo salarios míseros. Por la sencilla razón de que los patronos de España no son mejores que los de los otros países; porque si hay una diferencia no será a favor de los nuestros. Pero vamos a suponer que no existe esa diferencia; que la clase patronal, por una razón de principio en todas las latitudes, se niega a pagar bien a los trabajadores. ¿Cómo vencer esa resistencia? ¿Cómo lograr salarios más elevados? ¿Cómo conseguir mantener el poder adquisitivo del salario? ¿Con una organización sin fuerza al carecer de recursos económicos?

No, eso no puede ser. Aquí, en el exilio, al pedir un aumento de cotización que pueda fijarse en el 20 o en el 25 por ciento, ¿qué se puede objetar en contra? Naturalmente, puede haber casos justificados en que los afiliados no puedan pagar el aumento de cuota, ni siquiera la cuota existente, porque no trabajan, porque están enfermos. Pero todos esos casos están previstos en nuestros estatutos y se tienen en cuenta cuando los compañeros advierten la situación desdichada en que se hallan. Pero para los demás, excepción hecha de esos casos, a quien diga que no puede pagar un 20 por 100 de aumento le diré que entre muchos gastos secundarios y otros muchos superfluos, bien se puede encontrar el modo de atender a esta necesidad de la UGT, que también cuenta entre las necesidades principales para la vida que queremos vivir.

Por consiguiente, una de las cuestiones que habrá que examinar será la cuestión económica. Cuestión económica que no solamente se refiere al aumento de cotización, sino a la forma de cobro de la cotización de los afiliados. Nosotros, en la UGT, hemos sido siempre opuestos a que las cotizaciones se paguen a nuestros Sindicatos y a nuestras Federaciones mediante descuentos en nómina por las empresas o por los patronos, a que éstos se inmiscuyeran en la cobranza de las cotizaciones. Pero, al llegar a este punto, digo lo mismo que con la declaración de principios; yo no me atrevo a decir desde ahora que defenderé ese punto de vista cuando volvamos a España; pero lo pensaré mucho antes de desecharlo, siempre que nosotros obliguemos, mediante un contrato colectivo, a la clase patronal, a que eso se haga.

Tenemos que abordar el problema de la unidad; problema de la unidad en España, problema de la unidad con carácter general.

Vamos a tratar primero el problema de la unidad en el plano internacional, para impersonalizarlo en este momento de la UGT sin que por eso nos desentendamos del problema que me pronuncio si es preciso con entera claridad en cuanto a la unidad de la UGT y de la CNT. Hay que tener un cuidado extraordinario al hacer uso de la palabra "unidad", porque esta palabra es una especie de tabú que está reforzado con la cita del "Manifesto Comunista", con el grito de Carlos Marx: «Trabajadores de todos los países, ¡uníos!» Esa frase, ese grito, no tiene nada que ver con la unidad de los trabajadores de un país, con la unidad de los tra-

bañadores en el plano internacional, de una profesión o industria determinada. Marx, lo que quiso decir con eso, a juicio mío, es que los trabajadores, para vencer, tenían necesidad de organizarse internacionalmente, sin diferencia de nacionalidades, sin diferencia de razas, sin diferencia religiosa e, incluso, sin diferencia política. ¿Cómo no? Yo suscribo esta interpretación. Pero, como iba a querer decir Carlos Marx cuando escribió «Trabajadores de todos los países, ¡uníos!», que se unan los obreros de un país o de varios países, cuyos objetivos, cuyas finalidades no sean compartidos por ellos? Yo os daré aquí un testimonio: Marx, que lanzó ese grito, no pudo convivir con Bakunin. Y la primera escisión que se produjo en el seno del movimiento obrero internacional se hizo entre Carlos Marx y Bakunin. ¿Cómo el hombre que escribió «Trabajadores de todos los países, ¡uníos!», si ese grito tuviese la acepción que algunos le dan, cometa la inconsecuencia de romper la unidad y de marcharse de la Primera Internacional? ¿No os dice nada esto?

Por eso más. Ejemplos como los de Marx los hemos tenido en nuestro propio país, en el seno de nuestras organizaciones. ¿Qué mejor oportunidad para evocar este recuerdo? ¿Es que Pablo Iglesias rompió la unidad con Anselmo Lorenzo? ¿Creéis que Pablo Iglesias no interpretaba a Marx, no deseaba ardentemente la unidad de todos los trabajadores? Lo que pasó es que no pudo convivir con quien no tenía la misma finalidad que él.

Por consiguiente, digo a los del grito de Carlos Marx: Si esa interpretación hubiera que dársele al grito, ¿qué autoridad tendríamos nosotros para decir: la unidad con todos, menos con los comunistas? No tendría sentido. Claro que lo tiene; pero dando al grito de Carlos Marx la interpretación recta y debida. Entonces si somos lógicos cuando decimos: con los comunistas no. Y es que, aunque los comunistas son también hombres y trabajadores, la unidad tiene que realizarse en una identificación con las finalidades que persigan las organizaciones de que se trate. Y si estamos conformes con que la organización sindical defienda la libertad, con todos aquellos que quieran defender la libertad, aunque militen en partidos políticos distintos, sea quien sea, vengan de un continente o de otro, tenemos que unirnos con esos hombres en nuestras organizaciones, para combatir por la libertad. Pero ¿cómo va a existir la posibilidad de unir a hombres de organizaciones que quieren luchar unas por la libertad y otras por la dictadura?

## Problemas planteados

No, hay otra cosa. Y es, a mi modo de ver, que hay muchos elementos que se llaman anticomunistas y no lo son. Hay muchos elementos que, por unas u otras razones, se oponen a los comunistas. Y cuando combaten a los comunistas lo hacen sin una línea de conducta en que apoyar su razonamiento. Falta convicción en unos, sobre egoísmo en otros, y en cuanto esa convicción falla, la propaganda se resiente.

seguramente vosotros habrías seguido con interés, entre los dockers ingleses y los Sindicatos, principalmente en el puerto de Londres. Yo he oído algunos juicios, que considero desatinados por falta de información.

El motivo de la huelga ha sido que los trabajadores querían negarse a realizar horas extraordinarias en determinadas condiciones. Surgió la huelga contra el parecer de la dirección del Sindicato, y un hombre de tanto prestigio en el movimiento sindical como Deakin se vio atacado desde distintas direcciones por haber hecho todo lo posible para salvar un contrato colectivo de trabajo que se estableció en la época en que Bevin era ministro de Trabajo. Entonces, los obreros, los dockers, los trabajadores de los puertos en Inglaterra, se tenían cuando había trabajo. La práctica era presentar a los mulles y los capataces y encargados de la estiba, los encargados de la carga y descarga, señalaban a los obreros que debían trabajar, según los barcos que hubiesen atracado. Naturalmente, el resto tenía que volverse a sus casas, desesperanzados, sin cobrar ni un penique. Bevin era entonces secretario, como lo es hoy Deakin, de esa organización, una organización un poco irregular, porque, por ejemplo, dockers y obreros del puerto en conjunto, puede haber unos cincuenta mil en Inglaterra. Y ese Sindicato, así que pertenecen estos cincuenta mil obreros de los puertos, cuenta con un millón de miembros afiliados. Es, pues, una especie de cajón de sastre donde se reúnen infinidad de trabajadores que no tienen una clasificación profesional muy clara.

¿Por qué se opone el Sindicato a la huelga? Porque en esta época se hizo un contrato de trabajo, al amparo de unas circunstancias a las nuestras en el año 37 o en el 38. ¿Qué no hubiera podido hacer un ministro de Trabajo en aquella fecha? Bevin consiguió vencer a los patronos de que había que fijar un salario administrativo para todos los trabajadores censados, para todos los trabajadores del puerto. Y en virtud de ese contrato, actualmente, todos los trabajadores tienen un salario, y es el Sindicato el que

valor lo que está bien imprudencia, ortodoxamente saturado de gracia falangista.

Para Pot, la reproducción fiel de lo que los sentidos advierten en la realidad, no es obra de arte. Para Falange, tampoco lo es aquel trabajo del espectador imparcial que denuncia o señala el robo, el crimen, el atropello y el cohecho, que tiene abrumadora presencia en la sociedad española.

Ateniéndose a tal doctrina, los premios octubre y del «18 de Julio» fueron discernidos a Rafael García Serrano, Maximiano García Venero y César González Ruano. Al duque de Maura no se le ocurrió siquiera concurrir. No hubiera sido premiado, por demasiado realista y no ser la realidad creada por la Falange una obra de arte.

El valor de la peseta en 1953, calculado sobre los datos estadísticos que publica «Arribas» en su número del 30 de diciembre pasado, es otra de las muestras de cómo el francfalangismo trabaja por la prosperidad de España. Ese valor, estimado hasta la centésima, es 7,88 veces inferior al de la peseta de 1929. Si los precios y los salarios en ese mismo año hubiesen tendido a un aumento equivalente, todo se hubiera limitado a una envidiable inflación. Mas no fueron así las cosas. Los salarios no crecieron en esa medida y los precios la sobrepasaron.

Al mismo tiempo, la renta nacional, per cápita, en 1953 fué de 3.456 pesetas del Caudillo,azonadas con la gracia de Dios, por equivalentes solamente a 1.200 pesetas de 1929. Si todos los españoles hubiesen recibido ese regalo rentístico, aun podríamos sentirnos de alguna manera orgullosos de la España actual, pues, los menores y las mujeres descontados, daría una hermosa renta anual contando como beneficiarios únicamente a la población activa, obreros y patronos, que por sumar en números redondos 10.000.000 de personas, recibirían cada una de ellas una renta anual de 26.572 pesetas franquistas. No son muchas pesetas para los tiempos que corren, pero en general, un vivir más holgado. Mas, hete aquí que a esa población activa se le ocurrió a Marx clasificarla en dos grupos, poseedores y desposeídos, y aunque esa afirmación perdió mucho de su antigua verdad, aun sigue siendo aplicable a España,

seguramente vosotros habrías seguido con interés, entre los dockers ingleses y los Sindicatos, principalmente en el puerto de Londres. Yo he oído algunos juicios, que considero desatinados por falta de información.

El motivo de la huelga ha sido que los trabajadores querían negarse a realizar horas extraordinarias en determinadas condiciones. Surgió la huelga contra el parecer de la dirección del Sindicato, y un hombre de tanto prestigio en el movimiento sindical como Deakin se vio atacado desde distintas direcciones por haber hecho todo lo posible para salvar un contrato colectivo de trabajo que se estableció en la época en que Bevin era ministro de Trabajo. Entonces, los obreros, los dockers, los trabajadores de los puertos en Inglaterra, se tenían cuando había trabajo. La práctica era presentar a los mulles y los capataces y encargados de la estiba, los encargados de la carga y descarga, señalaban a los obreros que debían trabajar, según los barcos que hubiesen atracado. Naturalmente, el resto tenía que volverse a sus casas, desesperanzados, sin cobrar ni un penique. Bevin era entonces secretario, como lo es hoy Deakin, de esa organización, una organización un poco irregular, porque, por ejemplo, dockers y obreros del puerto en conjunto, puede haber unos cincuenta mil en Inglaterra. Y ese Sindicato, así que pertenecen estos cincuenta mil obreros de los puertos, cuenta con un millón de miembros afiliados. Es, pues, una especie de cajón de sastre donde se reúnen infinidad de trabajadores que no tienen una clasificación profesional muy clara.

¿Por qué se opone el Sindicato a la huelga? Porque en esta época se hizo un contrato de trabajo, al amparo de unas circunstancias a las nuestras en el año 37 o en el 38. ¿Qué no hubiera podido hacer un ministro de Trabajo en aquella fecha? Bevin consiguió vencer a los patronos de que había que fijar un salario administrativo para todos los trabajadores censados, para todos los trabajadores del puerto. Y en virtud de ese contrato, actualmente, todos los trabajadores tienen un salario, y es el Sindicato el que

valor lo que está bien imprudencia, ortodoxamente saturado de gracia falangista.

Para Pot, la reproducción fiel de lo que los sentidos advierten en la realidad, no es obra de arte. Para Falange, tampoco lo es aquel trabajo del espectador imparcial que denuncia o señala el robo, el crimen, el atropello y el cohecho, que tiene abrumadora presencia en la sociedad española.

Ateniéndose a tal doctrina, los premios octubre y del «18 de Julio» fueron discernidos a Rafael García Serrano, Maximiano García Venero y César González Ruano. Al duque de Maura no se le ocurrió siquiera concurrir. No hubiera sido premiado, por demasiado realista y no ser la realidad creada por la Falange una obra de arte.

El valor de la peseta en 1953, calculado sobre los datos estadísticos que publica «Arribas» en su número del 30 de diciembre pasado, es otra de las muestras de cómo el francfalangismo trabaja por la prosperidad de España. Ese valor, estimado hasta la centésima, es 7,88 veces inferior al de la peseta de 1929. Si los precios y los salarios en ese mismo año hubiesen tendido a un aumento equivalente, todo se hubiera limitado a una envidiable inflación. Mas no fueron así las cosas. Los salarios no crecieron en esa medida y los precios la sobrepasaron.

Al mismo tiempo, la renta nacional, per cápita, en 1953 fué de 3.456 pesetas del Caudillo,azonadas con la gracia de Dios, por equivalentes solamente a 1.200 pesetas de 1929. Si todos los españoles hubiesen recibido ese regalo rentístico, aun podríamos sentirnos de alguna manera orgullosos de la España actual, pues, los menores y las mujeres descontados, daría una hermosa renta anual contando como beneficiarios únicamente a la población activa, obreros y patronos, que por sumar en números redondos 10.000.000 de personas, recibirían cada una de ellas una renta anual de 26.572 pesetas franquistas. No son muchas pesetas para los tiempos que corren, pero en general, un vivir más holgado. Mas, hete aquí que a esa población activa se le ocurrió a Marx clasificarla en dos grupos, poseedores y desposeídos, y aunque esa afirmación perdió mucho de su antigua verdad, aun sigue siendo aplicable a España,

Si el escritor para ser artista, y artista meritorio, ha de atender al canon de Edgar Poe: «El arte es la reproducción de lo que los sentidos conciben de la naturaleza a través del velo del alma», no hay duda de que los amanuenses de la Falange gratificados con los premios «18 de Julio», «1 de Octubre» y «29 de Octubre», son artistas de montaña, reproducidos en sus obras por los sentidos conciben de la naturaleza a través del velo del alma», no hay duda de que ella ilumina tiene valor artístico. Para la Falange sólo adquiere este

seguramente vosotros habrías seguido con interés, entre los dockers ingleses y los Sindicatos, principalmente en el puerto de Londres. Yo he oído algunos juicios, que considero desatinados por falta de información.

El motivo de la huelga ha sido que los trabajadores querían negarse a realizar horas extraordinarias en determinadas condiciones. Surgió la huelga contra el parecer de la dirección del Sindicato, y un hombre de tanto prestigio en el movimiento sindical como Deakin se vio atacado desde distintas direcciones por haber hecho todo lo posible para salvar un contrato colectivo de trabajo que se estableció en la época en que Bevin era ministro de Trabajo. Entonces, los obreros, los dockers, los trabajadores de los puertos en Inglaterra, se tenían cuando había trabajo. La práctica era presentar a los mulles y los capataces y encargados de la estiba, los encargados de la carga y descarga, señalaban a los obreros que debían trabajar, según los barcos que hubiesen atracado. Naturalmente, el resto tenía que volverse a sus casas, desesperanzados, sin cobrar ni un penique. Bevin era entonces secretario, como lo es hoy Deakin, de esa organización, una organización un poco irregular, porque, por ejemplo, dockers y obreros del puerto en conjunto, puede haber unos cincuenta mil en Inglaterra. Y ese Sindicato, así que pertenecen estos cincuenta mil obreros de los puertos, cuenta con un millón de miembros afiliados. Es, pues, una especie de cajón de sastre donde se reúnen infinidad de trabajadores que no tienen una clasificación profesional muy clara.

¿Por qué se opone el Sindicato a la huelga? Porque en esta época se hizo un contrato de trabajo, al amparo de unas circunstancias a las nuestras en el año 37 o en el 38. ¿Qué no hubiera podido hacer un ministro de Trabajo en aquella fecha? Bevin consiguió vencer a los patronos de que había que fijar un salario administrativo para todos los trabajadores censados, para todos los trabajadores del puerto. Y en virtud de ese contrato, actualmente, todos los trabajadores tienen un salario, y es el Sindicato el que

valor lo que está bien imprudencia, ortodoxamente saturado de gracia falangista.

Para Pot, la reproducción fiel de lo que los sentidos advierten en la realidad, no es obra de arte. Para Falange, tampoco lo es aquel trabajo del espectador imparcial que denuncia o señala el robo, el crimen, el atropello y el cohecho, que tiene abrumadora presencia en la sociedad española.

Ateniéndose a tal doctrina, los premios octubre y del «18 de Julio» fueron discernidos a Rafael García Serrano, Maximiano García Venero y César González Ruano. Al duque de Maura no se le ocurrió siquiera concurrir. No hubiera sido premiado, por demasiado realista y no ser la realidad creada por la Falange una obra de arte.

El valor de la peseta en 1953, calculado sobre los datos estadísticos que publica «Arribas» en su número del 30 de diciembre pasado, es otra de las muestras de cómo el francfalangismo trabaja por la prosperidad de España. Ese valor, estimado hasta la centésima, es 7,88 veces inferior al de la peseta de 1929. Si los precios y los salarios en ese mismo año hubiesen tendido a un aumento equivalente, todo se hubiera limitado a una envidiable inflación. Mas no fueron así las cosas. Los salarios no crecieron en esa medida y los precios la sobrepasaron.

Al mismo tiempo, la renta nacional, per cápita, en 1953 fué de 3.456 pesetas del Caudillo,azonadas con la gracia de Dios, por equivalentes solamente a 1.200 pesetas de 1929. Si todos los españoles hubiesen recibido ese regalo rentístico, aun podríamos sentirnos de alguna manera orgullosos de la España actual, pues, los menores y las mujeres descontados, daría una hermosa renta anual contando como beneficiarios únicamente a la población activa, obreros y patronos, que por sumar en números redondos 10.000.000 de personas, recibirían cada una de ellas una renta anual de 26.572 pesetas franquistas. No son muchas pesetas para los tiempos que corren, pero en general, un vivir más holgado. Mas, hete aquí que a esa población activa se le ocurrió a Marx clasificarla en dos grupos, poseedores y desposeídos, y aunque esa afirmación perdió mucho de su antigua verdad, aun sigue siendo aplicable a España,

Si el escritor para ser artista, y artista meritorio, ha de atender al canon de Edgar Poe: «El arte es la reproducción de lo que los sentidos conciben de la naturaleza a través del velo del alma», no hay duda de que los amanuenses de la Falange gratificados con los premios «18 de Julio», «1 de Octubre» y «29 de Octubre», son artistas de montaña, reproducidos en sus obras por los sentidos conciben de la naturaleza a través del velo del alma», no hay duda de que ella ilumina tiene valor artístico. Para la Falange sólo adquiere este

seguramente vosotros habrías seguido con interés, entre los dockers ingleses y los Sindicatos, principalmente en el puerto de Londres. Yo he oído algunos juicios, que considero desatinados por falta de información.

El motivo de la huelga ha sido que los trabajadores querían negarse a realizar horas extraordinarias en determinadas condiciones. Surgió la huelga contra el parecer de la dirección del Sindicato, y un hombre de tanto prestigio en el movimiento sindical como Deakin se vio atacado desde distintas direcciones por haber hecho todo lo posible para salvar un contrato colectivo de trabajo que se estableció en la época en que Bevin era ministro de Trabajo. Entonces, los obreros, los dockers, los trabajadores de los puertos en Inglaterra, se tenían cuando había trabajo. La práctica era presentar a los mulles y los capataces y encargados de la estiba, los encargados de la carga y descarga, señalaban a los obreros que debían trabajar, según los barcos que hubiesen atracado. Naturalmente, el resto tenía que volverse a sus casas, desesperanzados, sin cobrar ni un penique. Bevin era entonces secretario, como lo es hoy Deakin, de esa organización, una organización un poco irregular, porque, por ejemplo, dockers y obreros del puerto en conjunto, puede haber unos cincuenta mil en Inglaterra. Y ese Sindicato, así que pertenecen estos cincuenta mil obreros de los puertos, cuenta con un millón de miembros afiliados. Es, pues, una especie de cajón de sastre donde se reúnen infinidad de trabajadores que no tienen una clasificación profesional muy clara.

¿Por qué se opone el Sindicato a la huelga? Porque en esta época se hizo un contrato de trabajo, al amparo de unas circunstancias a las nuestras en el año 37 o en el 38. ¿Qué no hubiera podido hacer un ministro de Trabajo en aquella fecha? Bevin consiguió vencer a los patronos de que había que fijar un salario administrativo para todos los trabajadores censados, para todos los trabajadores del puerto. Y en virtud de ese contrato, actualmente, todos los trabajadores tienen un salario, y es el Sindicato el que

valor lo que está bien imprudencia, ortodoxamente saturado de gracia falangista.

Para Pot, la reproducción fiel de lo que los sentidos advierten en la realidad, no es obra de arte. Para Falange, tampoco lo es aquel trabajo del espectador imparcial que denuncia o señala el robo, el crimen, el atropello y el cohecho, que tiene abrumadora presencia en la sociedad española.

Ateniéndose a tal doctrina, los premios octubre y del «18 de Julio» fueron discernidos a Rafael García Serrano, Maximiano García Venero y César González Ruano. Al duque de Maura no se le ocurrió siquiera concurrir. No hubiera sido premiado, por demasiado realista y no ser la realidad creada por la Falange una obra de arte.

El valor de la peseta en 1953, calculado sobre los datos estadísticos que publica «Arribas» en su número del 30 de diciembre pasado, es otra de las muestras de cómo el francfalangismo trabaja por la prosperidad de España. Ese valor, estimado hasta la centésima, es 7,88 veces inferior al de la peseta de 1929. Si los precios y los salarios en ese mismo año hubiesen tendido a un aumento equivalente, todo se hubiera limitado a una envidiable inflación. Mas no fueron así las cosas. Los salarios no crecieron en esa medida y los precios la sobrepasaron.

Al mismo tiempo, la renta nacional, per cápita, en 1953 fué de 3.456 pesetas del Caudillo,azonadas con la gracia de Dios, por equivalentes solamente a 1.200 pesetas de 1929. Si todos los españoles hubiesen recibido ese regalo rentístico, aun podríamos sentirnos de alguna manera orgullosos de la España actual, pues, los menores y las mujeres descontados, daría una hermosa renta anual contando como beneficiarios únicamente a la población activa, obreros y patronos, que por sumar en números redondos 10.000.000 de personas, recibirían cada una de ellas una renta anual de 26.572 pesetas franquistas. No son muchas pesetas para los tiempos que corren, pero en general, un vivir más holgado. Mas, hete aquí que a esa población activa se le ocurrió a Marx clasificarla en dos grupos, poseedores y desposeídos, y aunque esa afirmación perdió mucho de su antigua verdad, aun sigue siendo aplicable a España,

Si el escritor para ser artista, y artista meritorio, ha de atender al canon de Edgar Poe: «El arte es la reproducción de lo que los sentidos conciben de la naturaleza a través del velo del alma», no hay duda de que los amanuenses de la Falange gratificados con los premios «18 de Julio», «1 de Octubre» y «29 de Octubre», son artistas de montaña, reproducidos en sus obras por los sentidos conciben de la naturaleza a través del velo del alma», no hay duda de que ella ilumina tiene valor artístico. Para la Falange sólo adquiere este

# ¿Locura o estupidez?

(Viene de la cuarta pág.)  
sido a la propaganda, la habrían quebrantado mucho dejando perder tan sólida posición propagativa.

Jules Moch, ingeniero ilustrado —un gran técnico aliado devotamente en el socialismo—, no fue presidente del Consejo de Ministros cuando Vincent Auriol le designó jefe del Gobierno porque los diputados comunistas le negaron sus votos, indispensables para confirmar aquella investidura. Moch, como ministro del Interior, combatió energicamente a los comunistas haciendo trazar huelgas acordadas por ellos sin otro plan que el de producir trastornos nacionales y logrando desbaratarlos en París diversos disturbios para lo cual dirigió de manera personal en plena calle las fuerzas policíacas. Es dudoso que a político alguno le hayan lanzado los comunistas en el salón de sesiones del Palais Bourbon insultos más groseros que los que le lanzaron a Moch con motivo de su acción preventiva y represiva. Consecuentemente, parece difícil abarcarlo con las majaderías absurdas de los comunistas en el salón de sesiones del Palais Bourbon insultos más groseros que los que le lanzaron a Moch con motivo de su acción preventiva y represiva. Consecuentemente, parece difícil abarcarlo con las majaderías absurdas de los comunistas en el salón de sesiones del Palais Bourbon insultos más groseros que los que le lanzaron a Moch con motivo de su acción preventiva y represiva.

Desde 1952 —escribe Moch—, las bombas atómicas están «demodadas» en relación con diversas bombas termonucleares, entre ellas la de hidrógeno, que las sobrepasan en efectos destructores casi tanto como el ingenio hecho estallar en Hiroshima sobrepasaba los explosivos clásicos. Hoy resulta posible aniquilar con una sola bomba, no ya una ciudad o una fracción de ejército, sino amplias zonas de un país o un ejército entero. Qué paso por franquistas un débil país cuya eventualidad augura a los más grandes investigadores —para que una explosión destruya toda vida sobre un continente y —¿quién sabe?— sobre el planeta. Se expresa en estos términos un hombre de ciencia en contacto directo e íntimo con el problema desde que el problema surgió, y no ningún reportero indocumentado o político esteticista.

«Contra bombas atómicas ordinarias», de los tipos de 1945 a 1952 —prosigue el ex ministro francés— puede proyectarse dispersar, difícilmente, en grandes extensiones las fuerzas de combate; desbaratar, con mayor dificultad aún, poblaciones civiles y desconcentrar de modo casi irreparable, industrias de guerra en vastas fábricas de las ramas esenciales profundamente sepultadas bajo cemento. Pero contra bombas termonucleares cuyos efectos mortíferos son mucho más considerables; cuyas radiaciones nocivas, transportadas a gran distancia por las cenizas, pueden infectar el suelo, los cultivos, el agua y los peces y convertir los alimentos en vehículos de muerte; cuyo efecto de expansión multiplicará las destrucciones, cuyo calor provoca incendios a lo lejos; contra todo eso, la dispersión más perfecta y las medidas protectoras mejor estudiadas son actualmente vanas.

Jules Moch llega a la conclusión de que el aumento de bombas en depósito pone en peligro el porvenir de la humanidad. Y agrega a esta conclusión el siguiente comentario: «Se comprende la angustia que desde luego se ha apoderado de tantos sabios eminentes y a continuación de millones de hombres. Que esos peligros y esta emoción hayan sido explotados con fines políticos no modifica el fondo de las cosas: una catástrofe sin paralelo puede abatirse sobre la humanidad.»

Dudosa exactitud de un rótulo — JULES Moch examina la potencia de las nuevas bombas. Diversas evaluaciones atribuyen a la primera bomba termonuclear, la de 1952, una potencia de cinco millones de toneladas de T.N.T.; a la de Bikini —1 de marzo de 1954—, de diez a doce millones de toneladas según unos y de veinticuatro a veintidós millones de toneladas según otros, o sea, entre sesocientos a mil cuatrocientas veces la potencia de la bomba atómica de Hiroshima, y no veinte mil veces como han asegurado varios. La bomba estallada en Bikini el 26 de marzo de 1954 parece haber sido menos potente, equivalente a sólo veinticinco veces la de Hiroshima y habiéndose experimentado no para buscar efectos máximos, sino para estudiar nuevas fórmulas particularmente terribles; se pensó en la introducción de cobalto dentro del ingenio, cobalto que, bombardeado por neutrones durante la explosión, engendra un cobalto 60, peligrosamente radiactivo por mucho tiempo, cinco años al menos. Ignórase aun cuanto concierne a la experiencia de abril de 1954, última hasta ahora.

Tras detallada exposición de datos acerca de los efectos de bombas termonucleares de dimensiones «normales», Moch anota: «Una sola bastaría para destruir París, así como igualmente la ciudad de Nueva York, mucho más extensa, conforme reconoció el almirante Straus, presidente de la Comisión Americana de Energía Atómica, en marzo de 1954. Quince de dichas bombas convenientemente distribuidas causarían accidentes en casi todas nuestras comunicaciones y producirían los mismos efectos que seis mil bombas atómicas. Es más fácil, más rápido y menos costoso fabricar una sola bomba de hidrógeno, con su detonador atómico, que las cuatrocientas bombas atómicas a las cuales equivale aquella en sus efectos.» Tan apocalíptico cuadro lo completaba la aseveración de que, en materia termonuclear, no existe protección suficiente.

Mi insignie correligionario traza luego estos renglones emocionantes: «La eventualidad de ser destruida por explosiones termonucleares una fracción de la humanidad hace pesar sobre la vida una hipoteca de espantosa peligros. No tenemos derecho a cerrar los ojos a pretexto de que la hectómbe no ocurrirá hoy, porque si un día se abate sobre el mundo, será tarde para detenerla y hasta para limitarla... O los pueblos continúan corriendo el riesgo de perecer o prueban tener bastante sangre fría, razón y coraje para desarmarse bajo control internacional, prohibiendo bajo el mismo control la conservación y fabricación para fines militares de materias inflamables y explosivos. No hay solución intermedia duradera. La actual guerra fría mantiene y amplifica el peligro para todos, y la carrera de armamentos lo multiplica sin provecho para nadie... Sólo un acuerdo, mediante conciones mutuas, y el desarme progresivo, internacionalmente controlado, pueden asegurar la paz. Desarmar o arriesgarse a sucumbir, tal es la opción para la humanidad.»

Jules Moch habla de los pueblos, no de los Gobiernos. Quizá nosotros hemos sido injustos cuando, al comienzo de este artículo, hablamos del «campeonato de insensateces que se juega en cumbres gubernativas de varias naciones». El peligrosísimo juego se desarrolla en cumbres gubernativas y en valles populares. Un hotelista sindical nos enteró desde lugar preferente de sus columnas de que Mr. Granville M. Read, jefe de ingenieros de la poderosa Dupont Company, durante reciente discurso pronunciado en Wilmington, alabó los esfuerzos bien combinados de trabajadores y contratistas para realizar gigantesco proyecto de bomba de hidrógeno que ha costado mil trescientos millones de dólares. «Nos enorgullecemos —dijo el orador— de esta construcción virtualmente no interrumpida y a la que contribuyeron miembros de la Federación Americana del Trabajo. La ciencia, los patronos y los obreros deben mantenerse unidos si el progreso industrial ha de continuar.» Mas si este progreso sirve para fabricar bombas de hidrógeno, la humanidad agradecería que ciencia, patronos y obreros se desunieran. Los elogios del jefe técnico de Dupont adquieren tono sarcástico por la realización a que concretamente aluden...

igualmente la ciudad de Nueva York, mucho más extensa, conforme reconoció el almirante Straus, presidente de la Comisión Americana de Energía Atómica, en marzo de 1954. Quince de dichas bombas convenientemente distribuidas causarían accidentes en casi todas nuestras comunicaciones y producirían los mismos efectos que seis mil bombas atómicas. Es más fácil, más rápido y menos costoso fabricar una sola bomba de hidrógeno, con su detonador atómico, que las cuatrocientas bombas atómicas a las cuales equivale aquella en sus efectos.» Tan apocalíptico cuadro lo completaba la aseveración de que, en materia termonuclear, no existe protección suficiente.

Mi insignie correligionario traza luego estos renglones emocionantes: «La eventualidad

